

China en la segunda globalización

Escrito por Profs. **Adriana Rodríguez** y **Alicia Waller**

En este trabajo se analizará la economía china enmarcada en la periodización de la historia económica del siglo XX, denominada como segunda globalización. El abordaje del proceso económico chino se contextualizará en el último tramo del siglo XX en adelante, precisamente a partir de la década de 1980, coincidente con la desaparición física del máximo líder político de China: Mao Tse Tung.

La configuración económica de China es un proceso rico de analizar y de relevancia para el mundo actual. En las primeras décadas del siglo XXI ha conquistado un protagonismo económico mundial, que despierta en occidente el interés por conocer su cultura, su estructura social y el complejo entramado entre un sistema político comunista moderno, una economía de mercado aparente y la necesidad de establecer relaciones internacionales que legitimen su proceso económico dentro y fuera de China.

En el posicionamiento actual de su economía se hace imprescindible preguntarnos cuáles son los instrumentos y estrategias que le permitan alcanzar los nuevos caminos y desafíos económicos (como manejar la sobreinversión), tecnológicos (robotización), ambientales (ciudades inteligentes) y sociales (educación e innovación) que se ha trazado para alcanzar la primera mitad del presente siglo.

A partir del año 1949, al inicio del gobierno comunista de Mao Tse Tung, China comienza un proceso de modernización en búsqueda de un crecimiento económico que la reivindicara del llamado “siglo de la humillación”. Buscaba reposicionarse en la región asiática y demostrar al mundo, principalmente a las potencias que podía dar el “gran salto adelante”.

El “gran salto adelante” consistía en movilizar todos los esfuerzos y energías colectivas de la población. Una colectivización de las tierras y de las comunas rurales, generando un proceso de descentralización en el plano administrativo. El objetivo era desarrollar un proceso de industrialización nacional que implicaba producir importantes cantidades de acero, carbón y electricidad en todo el país.

En este plan de modernización industrial de China se necesitaban tecnologías y mano de obra especializada que provenía del extranjero, principalmente de la Unión Soviética, su aliado político por esos tiempos. Además, demandaba una alta movilización de mano de obra: campesinos que dejaban las prácticas agrícolas en el campo para construir canales de riego o altos hornos rurales.

Es importante señalar, como afirma Josep Fontana (2011), que “el simple aumento de la producción de acero no bastaba además para llevar a cabo los proyectos industriales; se necesitaba importar bienes de producción y tecnología, lo que explica que las importaciones de la Unión Soviética y de los «países socialistas» aumentasen considerablemente hasta alcanzar un máximo en 1959 – 1960, y estas importaciones había que pagarlas fundamentalmente con productos agrícolas, como arroz, soja y otros alimentos, que cumplían con la función de mejorar los niveles de vida de la Unión Soviética o en la Alemania este” (p. 412).

Este aspecto es fundamental para comprender los efectos colaterales de dicho plan de industrialización nacional. Se exigió al agro el sustento económico y material del plan de industrialización. Una base agrícola poco modernizada, que aún dependía de las condiciones climáticas y necesitaba de una masiva mano de obra campesina para producir suficiente cantidad para abastecer la demanda interna y externa de alimentos. “Un cierto grado de sacrificio del consumo interno (...) produjo a partir de 1959 (...) un desastre total: el sueño milenarista acabó en la gran hambruna de los «tres amargos años» de 1959 – 1962, la mayor y la más amplia de la historia de China. (...). Se sumaron para ello la sucesión de dos malas cosechas en 1959 y 1960, que vinieron a producirse en los años en que eran mayores las exportaciones de alimentos a cambio de bienes de equipo” (Fontana, 2011, p. 413).

Hacia la década de 1960, Mao Tse Tung se enfrentaba a un importante descontento social provocado por la crisis económica y las hambrunas generalizadas; el “gran salto adelante” había fracasado. Además, su gobierno y el Partido Comunista se veían amenazados con perder poder ante el proceso de desestalinización iniciado por Nikita Jruschov, lo que llevó al distanciamiento entre China y la URSS. En este contexto de cierta inestabilidad, Mao Tse Tung lanzó la llamada Revolución Cultural, cuyo objetivo

era fortalecer en el poder al Partido Comunista bajo su liderazgo, empoderando con mayor protagonismo a las masas jóvenes del país (los “guardias rojos”). Además, se buscaba redireccionar el descontento social hacia una campaña para “(...) «criticar y repudiar las ideas burguesas reaccionarias en los campos del trabajo académico, la educación, el periodismo, la literatura, el arte y la edición», y a expulsar a «los representantes de la burguesía que se han infiltrado en el partido, el gobierno, el ejército y en todas las esferas de la cultura» (...)” (Fontana, 2011, p. 422).

La Revolución Cultural se convirtió en un gran conflicto interno, que trajo purgas y destrucción de todo aquello que representaba el “viejo pensamiento, vieja cultura, viejas costumbres y viejas prácticas” (Fontana, 2011, p. 424). Los efectos negativos de este proceso destructivo se comenzaron a sentir en la esfera productiva y económica, fue así que Mao Tse Tung, fortalecido en su liderazgo político, debió poner freno a dicha revolución y al accionar de la «guardia roja». Se iniciaba un proceso de pacificación para construir un nuevo «gran orden bajo el cielo». En esa línea se dio un acercamiento en las relaciones internacionales entre China y Estados Unidos, con el objetivo de evitar un ataque soviético.

En 1976 muere Mao Tse Tung, siendo su sucesor Deng Xiaoping quien había sido secretario del Partido Comunista. Este basó su gobierno en las cuatro modernizaciones (agro; industria; defensa nacional; ciencia y tecnología) siendo los pilares fundamentales para el desarrollo económico de China. Xiaoping fue el gran artífice del salto económico de China, marcando una triple transición: de economía cerrada a abierta, de una planificada a una de mercado, y de una sociedad rural a una urbana. “Había optado por una vía de transformación que buscaba mejorar el nivel de vida de la población china a través de la reforma económica, introduciendo mecanismos de mercado, sin que ello implicase concesiones paralelas en el terreno político, que quedaba definido por los «cuatro principios cardinales» que debían permanecer inalterables: socialismo, dictadura democrática popular, dirección del Partido Comunista y pensamiento marxista - leninista - maoísta” (Fontana, 2011, p. 887).

Las teorías económicas del crecimiento endógeno ayudan a explicar el proceso que China comenzó a desarrollar a fines del siglo XX y los desafíos que enfrenta en la actualidad, bajo el liderazgo político de Xi Jinping.

A mediados de la década de 1980, se comenzaron a formular supuestos e hipótesis que empezaron a cuestionar los planteos desde la teoría neoclásica, especialmente el concepto de convergencia mediante la teoría del crecimiento endógeno. En el análisis de las teorías del crecimiento, Carlos De Mattos (1999) sostiene que algunos teóricos aprecian que hay “(...) síntomas evidentes de divergencia en los procesos de crecimiento: (...) existe un alto grado de asociación entre el crecimiento económico y el nivel de desarrollo científico y tecnológico de cada país; (...) las principales innovaciones, muestran una marcada tendencia a concentrarse en los países más ricos (...). Al mismo tiempo que estas tendencias sugieren la persistencia de un crecimiento desigual y divergente, daban pie para cuestionar la pertinencia de las previsiones y de las prescripciones derivadas del modelo neoclásico” (p. 190).

Esto permitió que, desde la corriente del pensamiento neoclásico, se diera inicio la formulación de supuestos e hipótesis diferentes a los propuestos por los neoclásicos más ortodoxos.

Entre los teóricos que se destacan de esta nueva vertiente, en primera instancia, se encuentran los autores Paul Romer y Roberto Lucas, quienes pondrán en tela de juicio los postulados expresados en la tasa de crecimiento económico depende básicamente de tres factores: capital físico, capital humano y progreso técnico que pueden ser objeto de acumulación y, además, generan externalidades. Al asumir externalidades positivas, los MCE sustituyen los supuestos neoclásicos sobre rendimientos constantes a escala y competencia perfecta, por los de rendimientos crecientes y competencia imperfecta (...) con lo que se alejan de la predicción de la convergencia” (De Mattos, 1999, p. 191). Las externalidades positivas se identifican con el aumento del stock de capital tanto físico como humano; en el segundo caso está condicionado por los recursos destinados al sector. En este aspecto, los MCE atribuyen gran importancia a los «procesos de aprendizaje en la práctica» como camino para mejorar y aumentar el stock de capital humano. El progreso técnico es considerado un factor productivo específico y, por tanto, la educación formal se revaloriza. En suma, estos modelos consideran que la tasa de acumulación de los factores productivos depende esencialmente de las decisiones adoptadas en un determinado entorno económico o sea “el crecimiento a largo plazo es un fenómeno económico endógeno” (De Mattos, 1999, p. 192), como resultado de las inversiones en la generación de capital humano y progreso técnico realizadas por actores económicos que desean obtener ganancias.

Entre las críticas que han recibido los MCE, se puede mencionar que responden a la actualización y formalización de diversos aspectos que han estado presente en las teorías apoyadas en el concepto de crecimiento económico desde hace bastante tiempo. El concepto de crecimiento por factores endógenos no constituye una novedad, ya que adopta aportes de otras corrientes (Schumpeter, por ejemplo). Asimismo, se les critica que sólo consideran las fuentes o determinantes inmediatos del crecimiento económico sin tener en cuenta los factores que estén vinculados a los mismos. También se les hace ver la omisión de aspectos vinculados a lo tecnológico o al rol de las instituciones en su relación

con las empresas.

En el caso de la intervención pública está caracterizada por la idea de que "la política económica tiene como misión favorecer la creación de un ambiente estimulante para la inversión, pero sin alterar el juego de las fuerzas del mercado" (De Mattos, 1999, p. 195). Esto muestra que hay una aceptación de un rol activo del Estado y de la política económica, pero sin llegar al intervencionismo.

Los MCE hablan de la situación inicial o del potencial endógeno de un territorio, que permite indicar la mayor o menor aptitud para el desarrollo de los tres factores principales para el crecimiento. Cada comunidad debe tomar la iniciativa y adoptar las acciones necesarias para estimular la activación del potencial endógeno, lo que implica proponer el crecimiento desde abajo. Esto ha tenido influencia como estrategia para dar solución a problemas de crecimiento económico. Pero cabe preguntarse hasta dónde una política basada en desarrollar el potencial endógeno puede modificar las diferencias de los territorios que llevan a una evolución divergente.

A partir de esta breve introducción sobre la teoría del crecimiento endógeno, es preciso puntualizar que, en algunos aspectos, nos permite explicar el desarrollo de la economía china en sus últimas cuatro décadas.

Es interesante resaltar que, en el caso de China, la base principal para impulsar las reformas de fines de los años 70 fue la educación. Deng Xiaoping se propuso "(...) alcanzar a las economías occidentales más avanzadas sobre la base de los adelantos en ciencia, tecnología y educación" (Rosales, 2020, p. 53). Aquí se marca un nuevo rumbo que estará pautado por la apertura económica gradual, con la instalación de las «zonas económicas especiales» (ZEE) en las áreas costeras del sur de China, las concesiones a la inversión extranjera para atraer capitales, y los viajes al extranjero («viajes de estudio») que permitieran disminuir la brecha tecnológica con las economías más avanzadas de Occidente.

Además de la fuerte apuesta al desarrollo científico y tecnológico como base del crecimiento económico del país, se realizaron importantes modificaciones en el agro y la industria. Una vez cumplida la cuota de producción definida por el plan, el estado daba libertades de inversión empleando los excedentes generados por el campo, los cuales impulsaron el desarrollo industrial. También se les concedió autonomía a las industrias estatales, flexibilizando la fijación de los salarios, inversiones, retención de beneficios, contrato y despido de trabajadores, introduciendo así los incentivos materiales y el estímulo a la producción y el consumo. Se buscaba desarrollar una economía de mercado socialista, fuerte en su interior y capaz de competir en el mercado mundial, garantizando un crecimiento económico sostenido. Así, "el resultado fue (...) un sistema económico que era un híbrido en que el sector estatal tan sólo abarcaba un 30 por ciento de la economía, pero en que el estado seguía siendo la «mano invisible» que controlaba el conjunto con su capacidad de intervención" (Fontana, 2011, p. 891).

La introducción de las primeras reformas desarrolladas por Xiaoping se podrían inscribir en la situación inicial para despertar el potencial endógeno de la economía china, que ya contaba con un capital humano importante en número, pero también bien preparado para llevar adelante los cambios necesarios que empujaran al crecimiento. En cuanto al stock de capital físico, componente fundamental para el crecimiento para los MCE, llegó de la mano de la fuerte inversión extranjera a través de la creación de las ZEE, lo que contradice la fundamentación teórica del crecimiento endógeno que afirma que "(...) los territorios menos desarrollados... por lo general resultan menos atractivos para unos capitales que solamente tienden a orientarse marginalmente hacia ellos" (De Mattos, 1999, p. 197). Situación similar se produce con el progreso técnico, que, en principio, procede de la cooperación extranjera mediante viajes de científicos chinos a diversos países occidentales para acceder a las innovaciones técnicas más recientes, lo que demuestra las dificultades de la teoría para explicar el crecimiento económico de China.

Este impulso económico para fortalecer el crecimiento de China, y posicionarla como una de las potencias mundiales, iniciado a fines de los años 1970 por Deng Xiapoing, seguido por Jiang Zemin y Hu Jintao, se vio coronado por la entrada de China en el 2001 a la Organización Mundial del Comercio. Además, "(...) llevó a que su economía creciera a un promedio anual del 10% durante cuarenta años, logro sin parangón en la historia de la humanidad. En ese lapso, la pobreza en China se redujo en 850 millones de personas; el país se transformó en primer exportador mundial de bienes, primer productor manufacturero, principal tenedor de reservas internacionales y principal acreedor de los Estados Unidos" (Rosales, 2020, p.59).

El proceso hacia el crecimiento económico acelerado trajo consecuencias como la brecha social y diferencias interregionales, que hacia los años 2000 el gobierno chino se propuso atender con políticas específicas. El objetivo era proteger a los menos favorecidos y disminuir las brechas de progreso y oportunidades entre las regiones, llevando el crecimiento económico a la zona oeste de China. Le siguió una etapa de apostar al desarrollo económico integral, coordinado y sustentable, aplicando el conocimiento científico para industrializar, informatizar y expandir la economía de mercado; a esto se le denominará "la concepción científica del desarrollo". Así, "(...) la exitosa dinámica de crecimiento había

llegado a un límite y era necesario transitar un nuevo estilo de desarrollo, más apoyado en la innovación, la productividad, más inclusivo en lo social, con respeto al medioambiente y con mayor atención a las regiones rezagadas” (Rosales, 2020, p. 76). En este sentido, los nuevos desafíos que enfrenta China se dirigen a fortalecer un «sistema nacional de innovación». Esto implica mejorar la calidad del sistema educativo apostando a la formación de técnicos; fortalecer el sistema de salud; mejorar la infraestructura y energía; ajustar los salarios y el sistema impositivo; para así elevar el nivel de desarrollo económico, que contribuirá a fortalecer el crecimiento endógeno de su economía, evitando la acentuación de las diferencias regionales: ciudad - campo, industria - agricultura, este - oeste. El objetivo es que China se convierta en una «ciberpotencia», en palabras de Xi Jinping, actual líder político del gobierno chino: “(...) el volumen de información que posee un país es el mejor indicador de su poder blando y competitividad. El nivel de desarrollo de las tecnologías y las industrias de información de un país determina su nivel de informatización (...). Tenemos que generalizar la infraestructura de internet, mejorar nuestra capacidad de innovación independiente, desarrollar la economía de la información y garantizar la seguridad informática (...)” (Rosales, 2020, p. 84). De esta manera, “(...) planteó el sueño chino de rejuvenecimiento nacional para 2049, año en que China debería constituir «un país socialista grande y moderno, próspero, fuerte, democrático, culturalmente avanzado, armonioso y hermoso»” (Rosales, 2020, p. 91).

Otro de los desafíos a los que se enfrenta China, aplicando innovaciones científicas y tecnológicas, es mejorar sus políticas medioambientales vinculadas al clima, el aire y el empleo de energías renovables, para mejorar la eficiencia, el suministro y disminuir el impacto ambiental. Sumado a estos desafíos, se proponen la conservación de las reservas y recursos naturales, para que China en un futuro se convierta en la potencia líder del crecimiento verde.

El crecimiento económico acelerado de China también llevó a una dependencia de las inversiones, generando una sobreinversión débil en el consumo y concentrada en infraestructura y manufacturas, provocando sobreoferta de bienes. Por tal motivo, el desafío es promover el aumento del consumo interno, con exoneraciones impositivas e inversión en vías de comunicación y transporte. Así se estimula el consumo, la circulación de personas (consumidores) y la intercomunicación entre las diferentes zonas o regiones del país.

A medida que China fue conquistando el mercado internacional y su incidencia económica se fortaleció, comenzó un proceso de expansión con políticas claras de dominio económico, con el objetivo de redireccionar el ahorro, la inversión y el consumo, sobre el continente asiático, África, América Latina y el Caribe. Así surgieron los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), el proyecto denominado “La franja y la ruta” y la creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura. En ese sentido, “la iniciativa de «La franja y la ruta» representa para China una buena oportunidad para abrir nuevos mercados de exportación, acceder a materias primas, diversificar sus fuentes y rutas de abastecimiento (...). También le permite exportar sus excedentes de ahorro y la sobrecapacidad de producción en rubros tales como acero, aluminio, cemento y vidrio, todos insumos claves en las nuevas infraestructuras que se irán erigiendo en torno a las nuevas rutas” (Rosales, 2020, p. 87).

En lo que respecta a la inserción financiera de China en la escena internacional se puede destacar la entrada del yuan en las reservas del Fondo Monetario Internacional (FMI), suponiendo la flexibilización del tipo de cambio y la liberalización del mercado financiero, promoviendo así, la inversión extranjera directa y convirtiéndose en un importante acreedor internacional. Así, “la acumulación de reservas ha asegurado contra el riesgo de crisis financieras internacionales y ha permitido a estos países mantener estables las tasas de cambio” (Lane et al., 2007, p. 100).

Por otro lado, el sistema bancario y de créditos, continúa altamente controlado por el Estado, donde los préstamos están dirigidos exclusivamente a empresas estatales, y no a empresas privadas extranjeras o domésticas (hogares); a su vez, el techo en las tasas de interés limita la inversión. Esto implica que los consumidores internos deban desarrollar una alta capacidad de ahorro para autofinanciarse en sus inversiones y asegurarse una protección social, otro de los desafíos a los que se enfrenta China. Una posible medida de estimulación del consumo sería que “(...) el capital internacional, canalizado a través de bancos domésticos y mercados financieros domésticos hacia proyectos domésticos de alto retorno puede compensar por una reducción en inversión en aquellas empresas ineficientes que están proyectadas por el sistema financiero actual. Además, un mejor sistema financiero puede estimular el consumo (ofreciendo más crédito) y reducir la necesidad de mantener altos niveles de ahorro (ya sea para motivos de precaución o para financiar consumo futuro)” (Lane et al., 2007, p. 115).

Se puede afirmar que la economía china a fines del siglo XX y principios del siglo XXI viene desarrollando un proceso de globalización comercial, apostando a una globalización financiera; primeramente, el nivel de las exportaciones contribuyó al crecimiento económico.

En la actualidad los desafíos se centran en potenciar el sistema financiero, permitiendo una mayor liberalización para continuar estimulando la inversión extranjera y doméstica, así como también el nivel

de consumo, para manejar la sobreoferta de bienes y servicios. Por otra parte, para seguir fortaleciendo la globalización y mantenerse como potencia económica, China tiene que continuar trabajando en la liberalización de los mercados y su sistema de financiación empresarial. Para ello, es necesario desarrollar un sistema bancario y crediticio sólido, no sólo disponible para las empresas estatales, controlando la especulación y corrupción administrativa. Además, promover acuerdos para potenciar los mercados regionales (por ejemplo, el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura), así como también facilitar la entrada de capitales extranjeros.

En este punto, se hace necesario diseñar nuevas pautas para las relaciones de China con el mundo exterior, más especialmente, con Estados Unidos. Otro aspecto a tener en cuenta, es la necesidad de aplicar políticas medioambientales que permitan frenar el deterioro y la construcción de un desarrollo económico con un perfil sostenible y sustentable.

Por último y no menos importante, mejorar el desarrollo del capital humano con políticas sociales para mantener la sostenibilidad económica. Apostando a la protección social, bienestar, redistribución de la renta de forma más equitativa y fomento de la natalidad (de un sólo niño, se expande a dos por familia) que permita frenar los problemas asociados al envejecimiento progresivo de la población.

Es indudable que el futuro del desarrollo económico chino tiene por objetivo consolidar y expandir el «sueño chino» de una nación próspera, con énfasis en la innovación permanente mediante la apuesta a la educación que favorezca la ampliación y calificación de los recursos humanos.

Bibliografía

De Mattos, Carlos A. (1999): "Teorías del crecimiento endógeno: lectura desde los territorios de la periferia".

Fontana, Josep. (2011). "Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945". Barcelona, España. Pasado y Presente.

Lane, Philip R.; Schmukler, Sergio L. (2007). "Integración financiera internacional de China e India". Banco Mundial.

Rosales, Osvaldo. (2020): "El sueño chino". Buenos Aires, Argentina. Siglo XXI. Naciones Unidas. CEPAL.

